

DE LA BONHOMÍA DE ALFONSO NORIEGA CANTÚ

Clementina DÍAZ Y DE OVANDO

Por 1943 —me parece ya una fecha tan lejana, pronto hará cincuenta años— el barrio de San Ildefonso, con sus calles y plazas plenas de arte, historia y tradición, era el bullicioso y alegre y a veces bien inquieto barrio estudiantil; asiento de edificios destinados a escuelas y facultades, librerías, cafés —el frecuentadísimo del “Chino” Alfonso—, billares y neverías. En Justo Sierra 16 se encontraba la Universidad Nacional Autónoma de México; en la plaza de Santo Domingo la Escuela Nacional de Medicina, alojada en el soberbio palacio de la Inquisición, y en la de San Ildefonso la Escuela Nacional Preparatoria.

Destacaba como la calle más transitada, más señera, la de San Ildefonso, a la que recordara y ponderara en 1956 Baltasar Dromundo en su cálido libro *Mi calle de San Ildefonso*.

Lo excelso de la calle no admitía bifurcaciones de mutilados trazos. A su sentido y transvivencia parecía inevitable entender que era una sola calle, un solo bloque de imponente personalidad que transpiraba desde la cúpula insigne de Loreto hasta más allá del antiguo templo de la Encarnación ya transformado en Biblioteca; es decir hasta la espaciosa y suntuosísima plaza de Santo Domingo. Las tres calles de San Ildefonso eran una sola sucesión que no rompía sino enlazaba el ex Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo y en cuyos rincones de discordante plenitud todo, no obstante, aparecía sujeto a una fragancia de riqueza interminable.

En esa vieja y señorial calle de San Ildefonso, casi frente a la magnífica fábrica del ex Colegio de San Ildefonso, se encontraba la Escuela Nacional de Jurisprudencia y, en el anexo de este edificio, en el tercer piso, tenía su modestísimo albergue el Instituto de Investigaciones Estéticas, meta de mis ilusiones.

Por Francisco de la Maza —quien ya empezaba a destacar y quien llegaría a ser uno de los grandes valores en la investigación, divulga-

ción y defensa del arte colonial mexicano, y a quien conocía en la Facultad de Filosofía y Letras— supe del enorme significado y trascendencia del Instituto de Investigaciones Estéticas, como centro indagador de la expresión artística de México.

Su director era el muy conocido y afamado maestro Manuel Tousseint, figura egregia en el conocimiento del arte de la Colonia; otros investigadores como Rafael García Granados, Federico Gómez de Orozco, Salvador Toscano, Justino Fernández, Vicente T. Mendoza, José Rojas Garcidueñas y Francisco de la Maza participaban en las tareas del Instituto.

Fue y sigue siendo preocupación constante del Instituto el análisis de nuestro pasado artístico prehispánico, del colonial, así como de las manifestaciones del arte moderno y contemporáneo, con objeto de enriquecer y afirmar nuestro ser histórico, nuestra conciencia nacional. Pero no descuidaba el Instituto el estudio del arte universal, de la literatura y del folklore, para otorgar así una cabal fisonomía de la cultura de México, además de constituirse en celoso guardián y defensor de nuestro patrimonio artístico.

¿Cómo ingresar a ese Instituto? ¿Cómo pertenecer a él, cuando se carece de méritos, Sólo con la audacia de la juventud se es capaz de arriesgarse. Se me iban los ojos por entrar al Instituto. No me importaba el trabajo a desempeñar. A la sazón daba yo clases de literatura española en Iniciación Universitaria, más tarde Preparatoria número dos y hoy Preparatoria “Erasmus Castellanos Quinto”. Muy poca credencial el impartir esa materia para ser admitida en el Instituto de Investigaciones Estéticas; pero, para mi fortuna, aún no se establecían los reglamentos; no había concursos de oposición abiertos, comisiones dictaminadoras, todos esos requisitos que ahora son indispensables para ser aceptado e ingresar a los institutos de la Universidad.

En ese año de 1943 el licenciado Alfonso Noriega Cantú ocupaba el puesto de secretario general de la Universidad Nacional Autónoma de México, y a él acudí en busca de patrocinio por medio de mis amigos Alfonso Briseño Ruiz, Alfonso Ortega Martínez y Francisco Valencia Rangel, todos profesores de la Escuela Nacional Preparatoria.

Mis compañeros me hicieron saber que el Instituto era un coto cerrado, que nada tenía yo que hacer en ese lugar; además, no había mujeres, ni había intenciones de que las hubiera. El Instituto —escribió muchos años después Francisco de la Maza— era un androceo. Nadie imaginó que con el tiempo llegaría a convertirse en un gine-

ceo. Tal parece que es su destino. Mi entrada, puedo decir, fue como el ábrete sésamo para que se aceptaran, más adelante, ya sin remilgos, a otras investigadoras.

Mis padrinos, ante mi insistencia —y quizá por quitarse la molestia de encima—, me prometieron hablar con el licenciado Noriega, el famoso “Chato”. Cumplieron su promesa. El licenciado Noriega les hizo ver que casi venía a ser empresa de romanos el que en el Instituto se admitiera —hay que decirlo con verdad— a una persona que carecía de bagaje que la respaldara, lo cual me quitó el entusiasmo. No obstante, el “Chato”, siempre generoso, siempre lleno de bondad, ofreció a mis amigos que pediría a don Manuel Toussaint mi entrada al Instituto. Y así lo hizo. Ignoro de qué argumentos echó mano, y. . . , ¡oh, suerte la mía! Mi querido maestro Toussaint, seguramente por pedírselo quien se lo pedía, aceptó mi ingreso al Instituto, mi casa desde ese día 10. de febrero de 1943 en que me presentó enarbolando como inestimable galardón un nombramiento de ayudante de investigador firmado por el licenciado Alfonso Noriega.

Como se me había anunciado, fui recibida con gran frialdad. Don Manuel apenas si me dirigió la palabra. Se concretó a señalarme mi lugar de trabajo: un rinconcito, y me asignó el cuidado de las diapositivas. Mi obligación era montarlas y tenerlas preparadas para las conferencias de los investigadores y también ir a los archivos, amén de otros pequeños menesteres.

Los otros investigadores tampoco se dignaron hacerme mucho caso. Sólo José Rojas Garcidueñas “El Bachiller” y Francisco de la Maza me brindaron pronto su gran amistad y apoyo. En el *Homenaje* dedicado a Justino Fernández en 1966, Paco rememoró esos mis primeros meses en el Instituto, que no fueron del todo gratos: fueron un verdadero noviciado.

Causó extrañeza —escribió Paco de la Maza— una “investigadora” en aquel androceo en que sólo había dos presencias femeninas, la de Luz Gorráez y la de una adusta matrona asexual casi, cuyo nombre hemos todos olvidado. Lucha se puso negra de celos. “¿Viejas” en el Instituto y como investigadoras?” ¡Qué escándalo! Clemen vivió aturrullada varios meses. Luego la amistad se convirtió en cordialidad, luego en fraternidad y por fin en familia completa.

Y eso fuimos los investigadores todos en el Instituto antes de que se empezara su crecimiento: una familia por demás unida en la alegría de una hermandad.

Con el tiempo tuve el privilegio de disfrutar de la amistad del doctor Alfonso Noriega: ¡Cómo lo tengo presente!: siempre alegre; propenso al juego y a la risa; con gran sentido del humor; gustador de la vida; ejemplo óptimo de amigo, de trato cordialísimo; dispuesto como nadie a la amistad y al afecto. Con tan altas virtudes morales e intelectuales supo conquistar el corazón de tantos y tantos dentro y fuera de la Universidad.

He traído a colación todo lo anterior para hacer hincapié en la bonhomía del “Chato”, en la amistad que supo prodigar a diestra y siniestra; su inclinación a tender la mano a los solicitantes, y repito, me place contar y recontar lo anterior como agradecimiento a su generosidad. Tuve la oportunidad de formar parte del Instituto de Investigaciones Estéticas, en donde ha transcurrido mi existencia entera y en donde me ha sido posible realizar una carrera universitaria.

Vuelvo, una vez más, ahora aquí, a reiterar mi gratitud al doctor Alfonso Noriega Cantú por su patrocinio, no sólo en aquella distante oportunidad de 1943, sino por la amistad y apoyo que me dispensó en otras circunstancias de la vida.